

## XVII

## VISITA AL MUSEO DE NAPOLES

Necesito toda la indulgencia de mis lectores, porque como narrador estoy colocado entre la omisión y el fastidio. Si omito, precisamente de lo omitido será de lo que se me pida cuenta; si paso revista á todos los objetos, me espongo á caer en la monotonía. Además de esto, casi hemos concluido con Nápoles antigua y Nápoles moderna, y tocamos á la catástrofe. Un poco de paciencia pues para el Museo. Y sino, pregunto ¿qué se diría si no dijese algo acerca del museo de Nápoles?

El palacio de los Studi, cuyos cimientos echó el duque de Osuna, virey de Nápoles, con el objeto de hacer de él una vasta escuela de caballería, vió su destino cambiado por Ruiz de Castro, conde de Lemos, quien decidió serviría de

edificio á la universidad, la cual fué instituida allí en tiempo de su hijo en 1816. Pero en 1770, los palacios de Pórtici, de Caserta, de Nápoles y de Capo di Monte se habian llenado sucesivamente de los preciosos productos que daban las escavaciones de Pompeya, y el rey Fernando resolvió reunir todas las antigüedades que provenian del descubrimiento de las dos ciudades en un solo local, donde estarían espuestas á la curiosidad del público y á las investigaciones de los anticuarios. Para este efecto eligió el palacio de la Universidad, trasladándose esta al palacio de San Salvador.

Quedó tan satisfecho el rey Fernando de la disposicion que acababa de tomar, y la encontró tan sábia y acertada, que resolvió perpetuar su recuerdo haciéndose representar de Minerva á la entrada del nuevo museo.

Cánova fué quien se encargó de la ejecucion de esta obra maestra.

Tiene algo de grotesco, os lo aseguro, la estatua del rey Fernando representado por Minerva; y aunque no hubiera otra cosa que ver en el museo, á fé mia, no seria perdido el tiempo que se emplease en dar una vuelta por él.

Pero felizmente hay algo mas, de modo, que se pueden matar dos pájaros de un tiro. Nuestra primera visita despues de volver á Nápoles, fué á los objetos sacados de Herculanium y de Pompeya; era sencillamente como continuar nuestro paseo de la vispera: despues de haber visto el estuche, era mirar las alhajas; alhajas maravillosas, de arte muchas veces, de forma siempre.

Empezamos por las estatuas: se presentan á la vista por sí mismas. En primer lugar están las nueve efigies de la familia Balbo, luego las de Eonio padre é hijo, las mas ligeras, las mas aristocráticas, por decirlo así, de toda la antigüedad. Estas últimas estaban en Pórtici. En 1799 se llevó una bala la cabeza de Nonio hijo, pero se encontraron los pedazos y se restauró. Todavía hay allí otras estatuas

magníficas: un fauno ebrio, por ejemplo; la Venus Calipige, que tengo por menos bella que la de Siracusa; el Hércules descansando, coloso del estatuario Glicon, que se encontró sin piernas en las Termas de Caracalla, y que Miguel Angel intentó completar; pero terminadas las piernas, y cuando el autor del Moisés pudo comparar su obra con la de la antigüedad, las rompió, diciendo que no era dado á un hombre terminar la obra de los dioses. Guillermo de la Porte fué menos severo consigo mismo, y volvió á hacer las piernas; pero cuando estaban hechas se supo que el príncipe Borghese acababa de hallar las originales en un pozo á tres leguas del sitio en que se habia encontrado el tronco. ¿Cómo habian ido hasta allí? Nadie lo ha sabido. Ahora bien, todavía mas difícil era hacer un cuerpo de las piernas del príncipe Borghese, como hacer unas piernas al cuerpo del rey de Nápoles. El príncipe, que era generoso como un Borghese, regaló aquellas piernas al rey. Así hoy el Hércules es una obra completa, cosa rara entre las estatuas antiguas.

Está también el toro Farnesio, magnífico grupo de cinco á seis personajes tallados en un pedazo de mármol de seis piés por catorce; Agripina en el momento en que acababa de saber que Neron amenaza su vida; y en fin, el Aristides que Canova miraba como la obra maestra de la estatuaría antigua.

De aquí se pasa á la sala de las obras pequeñas de bronce. A pesar de esa denominación modesta, la sala de los objetos pequeños de bronce no es menos curiosa. En efecto, en esta sala están reunidos todos los utensilios familiares encontrados en Pompeya. La vida antigua, la vida positiva está allí; por primera vez se vé allí comer y beber antiguos, que en nuestro teatro no comen y beben sino para envenenarse.

Hay allí vasijas para el agua caliente, marmitas, ollas, sartenes, moldes pequeños para objetos de repostería, ceda-

zos tan finos que el fondo parece un velo calado, candelabros, linternas, lámparas de todas formas y mecanismos; un caracol que alumbraba con sus dos cuernos; un Baco pequeño que huye llevado por una pantera, un raton que roe un cabo de vela: lámparas consagradas á Isis y al silencio; otras consagradas al Amor, y que el dios apagaba bajando la mano; lámparas de muchos mecheros reunidos á un pié pequeño adornado de cabezas de toro y de festones de flores, ó unidas por cadenas á las ramas de un árbol deshojado.

Inmediato á la sala de los pequeños bronce está el gabinete de los comestibles: allí hay huevos, pasteles, panes, dátiles, pasas, almendras, higos, nueces, piñas, mijo, huesos de melocoton, aceite de Aix, vinagreras, vino embotellado, una servilleta con un pedazo de levadura, un huevo de avestruz y conchas de caracoles. Vense allí también telas de varias clases y de lienzo metido en un colador de legía, hilo de distintas especies, en fin, todas esas cosas que se encuentran á cada paso en la vida real, y de que jamás se habla en los libros: lo que hace que los antiguos, vistos siempre en el senado, en el foro ó en el campo de batalla, no son para nosotros hombres sino semidioses. Falsa instrucción primaria que es preciso corregir después, falsas ideas que es preciso rectificar cuando salimos del colegio, y que prolongan los estudios mas allá del tiempo que debería consagrarseles.

De esa habitación se pasa á la de las alhajas. ¿Quereis obras hechas con limpieza, perfectas, acabadas? Ved esos anillos, esos collares, esos brazaletes. Son lo mismo que los que llevan Aspasia, Cleopatra, Messalina, Ved ahí manos que se estrechan en señal de buena fé; he aquí una serpiente que se muerde la cola, símbolo de lo infinito: allí mosaicos, antigüedades, bajos relieves. ¿Quereis escribir ahí teneis un tintero con su tinta coagulada en el fondo. ¿Quereis pintar? Ved una paleta con su color preparado,

¿Queréis hacer vuestra toilette? allí hay peines, alfileres de oro, espejos, cosméticos, todo ese *mundo de la mujer*; *mundus mulieris*, como le llamaban los antiguos.

Pasemos á la pintura: esta es la gran cuestion artistica de la antigüedad; esta era la misteriosa Isis cuyo velo no se habia podido levantar todavía antes del descubrimiento de Pompeya. Se habian hallado estátuas, se conocian obras maestras en escultura, se poseia el Apolo, la Venus de Médicis, el Laocón, el Torso; se tenian los frisos del Partenon y las metopas de Selinunta; pero esas maravillas del pincel tan alabadas por Plinio, esos retratos que los príncipes cubrian de oro, aquellos cuadros por los que los reyes daban sus queridas, esas pinturas que los artistas ofrecian á los dioses, juzgando que los hombres no eran bastante ricos para pagarlas: todo esto era desconocido. Habia un pedestal para los estatuarios, y no lo habia para los pintores.

Verdad es que las escavaciones de Pompeya y Herculano no han esclarecido la cuestion mas que á medias. Hasta el presente no se ha encontrado ningun original que se pueda atribuir á alguno de esos grandes maestros que se llamaban Timanto, Zeuxis ó Apeles. Hay mas: la mayor parte de las pinturas de Herculano y Pompeya no son otra cosa que frescos parecidos á los de nuestros teatros y cafés. Pero no importa: por esa obra de los obreros se puede apreciar la de los artistas, y entre esas pinturas secundarias hay dos ó tres cuadros dignos de llamar la atencion.

Mas no debe irse á ver solo esos dos ó tres cuadros; es preciso verlos todos, examinarlos todos, estudiarlos, porque aun en los mas medianos hay algo que aprender.

Las pinturas de Pompeya son al temple, es decir, ejecutadas por el mismo pensamiento de que se servian Giotto, Giovanni da Fiesole y Masaccio. El estilo, esceptuando dos ó tres obras de la decadencia, ejecutadas por los Boucher

de la época, es puramente griego. El dibujo es fino, correcto, estudiado; el claro oscuro, aunque comprendido de distinto modo que nuestros artistas, es á la manera que el de nuestros grabados, es decir, con rayas atravesadas y bien entendido. La composicion es en general suave y armoniosa. La espresion es muchas veces exacta, y á menudo notable. En fin, los paños están tocados con esa superioridad que se habia reconocido ya en la estatuaria antigua, y que causa la desesperacion de los artistas modernos.

No podemos pasar revista á las mil setecientas pinturas que componen la coleccion del Museo antiguo; solo podemos indicar las mas originales ó las mejores.

En primer lugar en los arabescos y en los objetos inanimados se encuentran cosas encantadoras: animales á los que no falta mas que la vida; frutas á las que no falta mas que el gusto; un papagayo tirando de un carro guiado por una cigarra, cuadro que se cree una caricatura de Neron y su pedagogo Séneca; una caricatura que representa á Eneas salvando á su padre y á su hijo, los tres con cabezas de perros. Las tres partes del mundo, el Africa con su rostro negro; el Asia con un gorro representando una cabeza de elefante, y en medio de ellas la Europa, su señora y reina; al fondo la mar, y en esa mar un navío bogando á toda vela al descubrimiento de la cuarta parte del mundo prometida por Séneca. No puede haber error, porque debajo se leen estos versos de *Medea*:

VENIENT ANNIS

SECULA SERIS QUIBUS OCEANUS

VINCULA RERUM LAXET, ET INGENS

PATEAT TELLUS, IYPHISQUE NOVOS

DETEGET ORBES: NEC SIT TERRIS ULTIMA THULE.

(*Medea*, acto II.)

Ahora ved ahí un cuadro de historia; es precioso porque es el único que se encuentra en Pompeya: es Sofonisba bebiendo el veneno. Delante de ella está Escipion el Africano, que se puede reconocer comparándole á su busto, al que se parece; detrás de Sofonisba Masinisa que la sostiene en sus brazos. El cuadro está sin firma. ¿Es una copia? ¿Es el original? Nadie lo sabe.

Pero he ahí otro acerca del que no existe la menor duda. Representa á Phebe procurando reconciliar á Niobe con Latona. A los piés de su madre, Aglae y Helena, pobres niñas que serán comprendidas en la venganza divina juegan á la taba con todo el abandono de su edad. Es un original: está firmado por Alejandro el Ateniese.

Despues vienen las famosas bailarinas tantas veces reproducidas por la pintura moderna; funámbulos vestidos como nuestros arlequines; los siete grandes dioses que presidian á los siete dias de la semana: Diana el lunes, Marte el miércoles, y así sucesivamente Mercurio, Júpiter, Venus, Apolo y Saturno.

En medio de todo esto, el pedazo de ceniza petrificada que conserva la forma del seno de la mujer encontrada en el subterráneo de Arrio Diomedes, como hemos referido.

Despues las tres Gracias, que se creen copiadas de Phidias, y que Cánova volvió á copiar.

Despues el sacrificio de Iphigenia, que se cree una copia del famoso cuadro de Timanto, del que habla Plinio. Fúndanse en que lo mismo en el uno que en el otro, Agamemnon tiene la cabeza cubierta con un velo, y probablemente no se hubiera atrevido ningun artista á hacer semejante robo á un maestro tan conocido como Timanto.

Despues Theseo matando al Minotauro. A sus piés está el mónstruo vencido; á su alrededor los mancebos y las doncellas á quienes ha salvado, y que le besan la mano.

Signe Medea meditando la muerte de sus hijos, compo-

sicion magnífica de una terrible sencillez. Los hijos juegan, la madre reflexiona. Aquello es hermoso y grande en todas partes. Un hombre que en nuestros dias hiciera ese cuadro, seria el rival de nuestros mas grandes pintores. No comenceis por ese cuadro, no veriais ya ninguno mas. Yo hace siete años que le he visto, y cerrando los ojos le vuelvo á ver como si estuviese delante.

Luego hay una porcion de cuadros de otros pintores: la educacion de Aquiles por el centauro Chiron, cuadro imitado por uno de nuestros pintores, y que el grabado ha popularizado; Ariadna despertando en la costa de una isla desierta, y tendiendo los brazos al navio de Theseo que se aleja; Phryxo atravesando el Helesponto, montado en su carnero, y tendiendo la mano á Hellé que ha caido en el mar; la Venus, que sonrie tendida en una concha; Aquiles entregando Briseis á Agamenon; en fin, Thetis yendo á pedir venganza á Júpiter.

Estos dos últimos son dos páginas de la Iliada.

Id en seguida, buscad todavía, mirad por todos los rincones: creereis tener allí para una hora, y permaneceréis todo el dia; luego volvereis al dia siguiente y al otro; y en el momento de marchar hareis detener vuestro carruaje para hacer aun la última visita á aquel salon, único en el mundo.

Es preciso no marcharse sin visitar el gabinete de los papiros; seria una grandísima injusticia. En mi viaje á Sicilia, despues de haber visitado á Siracusa, conduje á mis lectores á los manantiales de la Cyane, á través de las encantadoras islas cuyos largos juncos encorvaban sobre nosotros sus cabezas adornadas de penachos; esas cañas eran papyrus. Se hacia con ellos una especie de pergamino estrecho y largo que se desarrollaba á medida que se escribia en él. Pues bien, se encontraron cinco ó seis mil de esos rollos ennegrecidos, quemados, que se deshacian; al principio los tomaron por pedazos de madera carboni-

zados, y no se fijó en ellos la atención; los arrojaron, ó mas bien los dejaron rodar por donde quisieron irse: despues se reconoció que era el tesoro mas precioso de la antigüedad el que de ese modo se despreciaba. Recogieron todos los que encontraron, y por una maravilla de inaudita paciencia, increíble, fabulosa, creo que á estas horas se han desarrollado y leído tres mil ó treis mil quinientos. El resto está en ese gabinete, colocado sobre los anaqueles de vastos estantes: hay dos mil quinientos pequeños cilindros que tomariais por pedazos de carbon vegetal. En 1753 fué cuando se volvió del error que hemos dicho: se encontraron de una vez por bajo del jardin del convento de San Agustin en Pórtici, mil ochocientos de estos rollitos, colocados con tanta simetría, que se empezó á ver en ellos algo de mas valor que leña quemada. Ademas, al mismo tiempo y en el mismo sitio, se encontraron tres bustos, siete tinteros y dos stilos para escribir. Entonces se conoció que estaban en una biblioteca, y se tuvo por primera vez la idea de que aquellos rollitos negros podian ser papyrus; los examinaron con cuidado, y vieron, lo mismo que se ve en el papel quemado, la señal de los caracteres que se habian escrito en ellos. Desde aquel momento se recomendó á todos los obreros que trabajaban en las escavaciones, colocasen á un lado cuidadosamente todo lo que podria parecerse al carbon.

Y como he dicho, hay alli tres mil manuseritos; entre los que acaro se encontrarán esos cuatro volúmenes de Trogo Pompeyo que dejan una laguna en la historia, y esos tres ó cuatro libros de Tácito que dejan una laguna en sus anales.

Confieso que se me pasaban ganas de meterme en el bolsillo uno de esos rollitos carbonizados.

Cuando íbamos á bajar la escalera grande de los Studi, el celador, que habia quedado sin duda satisfecho de la propina que le habiamos dado, nos preguntó en voz baja

si queriamos ver la galeria de Murat. Aceptamos preguntándole como se encontraba en los Studi la galeria de Murat. Entonces nos respondió que cuando el rey Fernando habia vuelto á recobrar su reino, se habia repartido entre la familia todos los objetos abandonados por el rey caido. Esa galeria habia llegado á ser propiedad del principe de Salerno; quien habiendo necesitado unas cien mil piastras, la dió en prenda á su augusto sobrino hoy reinante. Así, pues, la prenda fué esta galeria, la cual para mayor seguridad del acreedor, se trasladó al museo Borbon.

Hay en ella, entre otras obras maestras, trece Salvator Rosa, dos ó tres Van Dick, un Perugino, un Annibal Carrache, dos Gerard, dos Nuits, un Gurchin, las Tres Edades de Gerard, y ademas en un rincon, tras la colgadura de un cuadro de catorce pulgadas de alto y ocho de ancho, una de esas miniaturas grandiosas, como las hace Ingres cuando el pintor de historia descende á ese género, una pequeña maravilla, en fin, como el Aretin, como el Tintoretto! es Francesca de Rimini y Paolo, en el momento en que los dos amantes se interrumpen, y « aquel dia no pasan mas adelante en la lectura. »

Procurad, os lo repito, visitar esta galeria, aunque no sea mas que por visitar este encantador cuádrifó.

Al fin salimos, ó mas bien nos pusieron á la puerta. Eran las cuatro y media y habiamos empleado hora y media mas del tiempo fijado para la visita del museo. Verdad es que en Nápoles no hay nada fijo, y que con una colonata, es decir, con cinco francos y cinco sus, se hacen y se obligan á hacer muchas cosas.

No habiamos andado cien pasos, cuando en la esquina de la calle de Toledo nos encontramos frente á frente con un caballero de unos cincuenta años, que al primer aspecto me pareció haberle visto en París en el mundo diplomático. Probablemente tampoco yo le era desco-

necido porque se aproximó á mi con una complaciente sonrisa.

— ¡ Oh ! buenos dias, mi querido Alejandro, me dijo con un tono de proteccion; ¿ cómo estais en Nápoles sin habérmelo avisado ? Pues que ¿ no sabeis que yo soy el protector nato de los artistas y literatos ?

¡ El muy bellaco ! intenciones tuve de romperle una cosa algo dura en las costillas; pero me contuve, convencido de que aceptaria esta respuesta, y que no pasaria de ahí.

En efecto, para desgracia mia, era...

En el capítulo siguiente os diré quien era.

## XVIII

## LA PESADILLA DEL REY FERNANDO

Era aquel famoso marqués de quien os he hablado como del rey Fernando, y que á pesar de ser muy protegido por la reina Carolina, jamás pudo entrar en el palacio mas que por la puerta escusada.

Al partir de Francia habia yo recibido algunas cartas de recomendacion para los mas grandes señores de Nápoles, los San Téodoro, los Naja y los San Antimo. Ademas conocia hacia mucho tiempo al marqués de Gargallo y á los principes de Coppola.

Entre esas cartas se habia deslizado, no sé como, una para el marqués.

Estando en Roma, no habia podido yo obtener de la embaajada de las Dos Sicilias autorizacion para ir á Nápoles.

fin de eludir esta prohibicion, como he referido en otro lugar, habia pasado la frontera napolitana con el pasaporte de uno de mis amigos. Para todos, pues, me llamaban con el nombre de mi amigo, es decir, el señor Guichard, y solo para algunas personas era Alejandro Dumas.

Con respecto á todas las demas recomendaciones, un alto personaje, á quien no me atrevo á llamar mi amigo, mas á quien espero probar algun dia que lo soy suyo, habia hecho un signo de asentimiento, cuando al llegar á la carta destinada al marqués, la tomó por una esquina del sobre, y arrojándola sin mirar siquiera donde iba á caer, al otro extremo de la mesa sobre la que hacíamos nuestra eleccion.

— ¿Quién os ha dado una carta para este hombre? me preguntó.

— ¿Por qué? respondí, replicando á su pregunta con otra pregunta.

— Porque... porque... esta no es una de esas personas á quienes se recomienda á un hombre como vos.

— ¿Pero no tiene algo de hombre de letras? pregunté.

— ¡Oh! sí, me respondió mi interlocutor, si tiene una correspondencia muy activa con el ministro de policia. ¿Se llama á eso en Francia un hombre de letras? En ese caso lo es.

— ¡Diantre! dije yo; pero me parece haber encontrado á ese mozo en los mejores salones de Paris.

— Eso no me admira: es un perillan que se introduce en todas partes. Y yo mismo no me sorprenderia de encontrarle en mi antesala. Mas ya estais advertido. Basta ya sobre esta materia; hablemos de otra cosa.

Es un mancebo muy aristócrata ese amigo á quien no me atrevo á llamarle tal. Sin embargo, me tuve por avisado y bien avisado, porque estaba él en posicion de saber perfectamente todas esas pequeñeces, y desde aquel dia

procuré no ir á ningun sitio donde pudiese encontrar á mi marqués.

Habia conseguido evitar su encuentro en las tres semanas que hacia estaba en Nápoles, cuando por mi desgracia como he dicho, me encontré con él frente á frente al salir del museo Borbon.

Se comprende el gesto que pondria yo cuando con esa encantadora sonrisa que le es habitual y con ese tono de proteccion que afecta, me dijo:

— Buenos dias, mi querido Alejandro; ¿cómo estais en Nápoles sin haberme dicho nada? ¿No sabeis que soy el protector nato de los artistas y literatos? Despues, viendo que yo no respondia nada y que le miraba de pies á cabeza, añadió: ¿pensais permanecer mucho tiempo todavia entre nosotros?

— En primer lugar, caballero, yo no soy vuestro querido Alejandro, puesto que esta es la tercera vez, me parece, que os hablo, y las dos primeras no sabia á quien hablaba. Ademas, no habeis sido avisado de mi llegada, porque mi verdadero nombre no ha sido comunicado á la policia. En fin, y para responder á vuestra última pregunta, sí, pensaba permanecer aun ocho dias, pero temo verme obligado á marchar mañana.

Y en seguida tomé el brazo de Jadin y dejé al protector nato de los artistas y de los literatos muy desconcertado con el saludo que acababa de recibir.

En Chiaja dejé á Jadin; se encaminó á la fonda y yo me fui directamente á la embajada francesa.

En aquella época teniamos por encargado de negocios en Nápoles á un noble y escelente jóven llamado el conde de Bearn. Al llegar, hacia cuatro meses, habia ido á hacerle visita, y le habia referido todo. Me escuchó con gravedad y con un gesto imperceptible casi de disgusto; pero casi al punto se desvaneció esta pasagera nube y tendiéndome la mano:

— No habeis hecho bien, me dijo, en obrar así, y pudierais comprometeros seriamente. Si el paso no estuviera dado os diria: no lo hagais; pero ya está hecho; estad tranquilo, no os dejaremos en el compromiso.

Yo estaba poco acostumbrado al modo de obrar de nuestros embajadores; así que conservé al conde Bearn un gran reconocimiento por su modo de recibirme; esperando que llegado el momento tendria su apoyo.

Ahora bien, creí que el momento era llegado, y fui á verle.

— ¡Y bien me preguntó! ¿tenemos algo de nuevo?

— En este instante no, respondí, pero bien puede ser que no tarde en haberlo.

— ¿Pues qué ha sucedido?

Le dije el encuentro que acababa de tener, y le referí el corto diálogo que habia mediado.

— ¡Y bien! me dijo, habeis andado desacertado ahora como lo anduvisteis antes: debiais haber fingido que no le veiais, y si no podiais menos de verle, debiais al menos hacer como que no le conociais.

— ¿Qué quereis, mi querido conde? le respondí, soy hombre que me dejo llevar del primer impulso.

— ¿Sabeis, sin embargo, lo que ha dicho uno de nuestros mas ilustres diplomáticos?

— Ese de quien hablais ha dicho tantas cosas, que no puedo saber toáo lo que ha dicho.

— Pues ha dicho que era preciso desconfiar de nuestro primer impulso, porque siempre era bueno.

— Esa es una máxima para uso de las testas coronadas, y por consecuencia seria impertinente en mí el seguirla. Felizmente no soy ni rey ni emperador.

— Sois mas que todo eso, mi querido poeta.

— Si, pero entretanto no estamos en los tiempos del rey Roberto; y dudo que si su sucesor Fernando se digna ocuparse de mí, sea para coronarme como á Petrarca con:

el laurel de Virgilio. Por otra parte, bien lo sabeis, Virgilio no tiene ya laurel, y aquel que ha vuelto á llamar á su tumba, mi ilustre colega y amigo Casimiro Delavigne ha gastado con él la pesada chanza de no coger otra vez la nueva rama plantada.

— Decid pronto, ¿qué deseais?

— Deseo saber si continuais con respecto á mí en la misma disposicion.

— ¿En cuál?

— De acudir en mi auxilio si os llamo.

— Os lo he prometido y no tengo mas que una palabra; pero sabeis lo que yo haria si estuviese en vuestro lugar?

— ¿Qué hariais?

— Vais á saltar.

— Decidlo.

— Pues bien: haria visar mi pasaporte esta tarde, y partiria esta noche.

— ¡Ah! por eso no.

— Muy bien; no hablemos mas de ello.

— ¿Es decir que cuento con vos?

— Contad conmigo.

El conde de Bearn me tendió la mano y nos separamos.

— Hacedme un favor, dije á Jadin al volver á la fonda.

— ¿Cuál?

— Decid al mozo que me disponga para esta noche una cama de correas en mi habitacion.

— Para qué?

— Probablemente lo vereis.

— ¿Teneis necesidad tambien de Milord?

¡Eh! acaso no estaria de mas.

— ¿Creeis, pues, que van á venir á prenderos?

— Lo temo.



— ¡Buena necesidad figuraros que el gobierno se ocupe de vos!

— El mismo se ha dignado ocuparse de mi padre hasta el punto de envenenarle, y os confieso que este precedente no me infunde la menor confianza.

— Pues bien; dormiremos en vuestra habitación, puesto que hay que guardaros.

Y Jadin dió orden de que le pusieran su cama frente á la mia.

Tomada esta precaucion, nos acostamos y nos dormimos como si no hubiésemos encontrado á tal marqués en aquel dia.

Al dia siguiente, á eso de las cuatro de la madrugada, ví que se abria mi puerta.

Por profundamente que duerma, y por suavemente que se abra la puerta de mi habitación, me despierto al momento. Eso me sucedió en esa ocasion; abrí los ojos, y ví al ayuda de cámara.

— ¡Y bien! Peppino, pregunté ¿qué hay, que haceis el honor de entrar tan de mañana en mi habitación?

— Pido mil perdones á su excelencia, respondió el pobre camarero; hay dos caballeros que quieren hablaros irremisiblemente.

— Dos caballeros de la policía, ¿no es eso?

— ¡A fé mia! puesto que es necesario decirlo, me lo temo.

— ¡Vamos, vamos, alerta, Jadin!

— ¿Qué es eso dijo Jadin restregándose los ojos.

— Dos esbirros que nos hacen el honor de visitarnos, amigo mio.

— Es decir, que es necesario que me levante y vaya inmediatamente á casa de Mr. de Bearn.

— Hablais como San Juan Pico de Oro, querido; levantaos y corred.

— ¿Quereis que haga los devore Milord? Con esto concluiríamos mas pronto y no nos molestariamos.

— No, vendrian otros, y habia que volver á empezar.

— ¿Pueden entrar esos señores? preguntó Peppino.

— No hay inconveniente, que entren.

Aquellos señores entraron.

Se parecian mucho á los celadores del comercio que vemos en el teatro.

— ¿Monsieur Guichard? dijo uno de ellos.

— Yo soy, respondi.

— Pues bien, monsieur Guichard, es preciso nos sigais al momento.

— ¿A dónde, si no lo llevais á mal?

— A la policía.

Dirigí una triunfante mirada á Jadin.

— Preciso es, murmuró este, que el gobierno tenga mucho tiempo de mas para molestarse de ese modo.

¿Qué dice monsieur? preguntó el esbirro.

— ¡Yo! nada, dijo Jadin.

— Monsieur ha hablado del gobierno.

— ¡Ah! he dicho que el gobierno agota su cariño con los extrangeros que vienen aqui; y lo repito, puesto que esa es mi opinion. ¿Está prohibido tener una opinion?

— Sí, dijo el esbirro.

— En ese caso no tengo ninguna, caballero; pongamos que no he dicho nada.

Me vesti apresuradamente; tenia un temor de todos los diablos de que los esbirros, poco acostumbrados al diálogo de Jadin, la llevasen conmigo. Púseme, pues, inmediatamente el chaleco y el gaban, y les dije que estaba dispuesto á seguirles.

Esta prontitud en obedecer la orden del gobierno, pareció que daba á nuestros dos esbirros una excelente idea de mi; así cuando llegué á la puerta de la calle, les pedí permiso para tomar una carretela, y no pusieron ninguna

dificultad; antes uno de ellos llevó su complacencia hasta ir corriendo á tomar una que estaba parada delante de la verja todavía cerrada de la Villa Reale.

Cuando montaba en el carruaje vi á Jadin aparecer á la ventana; estaba ya vestido y arreglado para ir á la embajada. Solo que para no dar sospechas de su connivencia conmigo, esperaba para salir á que hubiésemos vuelto la esquina, y fumaba con aire inocente la mas colosal de sus tres pipas.

Cinco minutos despues estaba yo en la direccion de policia. Esperábame allí un señor vestido de negro, y muy mal humorado por haber sido despertado tan de mañana.

— ¿Es vuestro este pasaporte? me preguntó en cuanto me vió, enseñándome mi pasaporte con el nombre de Guichard.

— Si, señor.

Y sin embargo, Guichard no es vuestro nombre.

— No, señor.

— ¿Y por qué viajais con otro nombre que el vuestro?

— Por que vuestro embajador no ha querido dejarme con el mio.

— ¿Cuál es vuestro nombre?

— Alejandro Dumas.

— ¿Teneis título?

— Mi abuelo recibió de Luis XIV el título de marqués, y mi padre no quiso admitir de Napoleon el título de conde.

— ¿Y por qué no llevais vuestro título?

— Porque creo que me puedo pasar sin él.

— ¿Despreciais, pues, á los que llevan títulos?

— Nada de eso; pero prefiero los que se lo han adquirido por sí mismos á los que los han recibido de sus abuelos.

— ¿Sois, pues, un jacobino.

Me eché á reir y me encogí de hombros.

— No se trata ahora de reir, me dijo el señor de lo negro con un aire sumamente irritado.

— No podreis impedirme que encuentre la pregunta muy ridícula.

— No, pero haré se os quite la gana de reir.

— ¡Oh! en cuanto á eso, os desafío á que lo intenteis en tanto que tenga el gusto de estaros viendo.

— ¡Caballero!

— ¡Caballero!

— ¿Sabeis que por de pronto voy á enviaros preso?

— No os atreveréis á hacer tal.

— ¡Cómo! : no me atreveré : exclamó el hombre negro levantándose y dando un puñetazo en la mesa.

— No.

— ¡Oh! ¿y quién me lo impedirá?

— Vos que reflexionareis.

— ¿Por qué?

— Por esto.

Saqué de mi bolsillo tres cartas.

El señor de lo negro echó una rápida mirada sobre los papeles que le presentaba, y reconoció sellos ministeriales.

— ¿Y qué significan esas cartas?

— ¡Oh Dios mio! casi nada. Esta es una carta del ministro de Instruccion pública, el cual me encarga una mision literaria en Italia, y especialmente en el reino de las Dos Sicilias; desea saber los progresos que la instruccion ha hecho desde los vireyes hasta hoy. Esta otra es una carta del ministro de Negocios estrangeros, que me recomienda muy particularmente á nuestros embajadores, y les ruega me den *en cualquier circunstancia*, ved : *en cualquier circunstancia*, está subrayado; me den, digo, *en cualquier circunstancia*, auxilio y proteccion. En cuanto á esta tercera no la toqueis, caballero y permitidme os la enseñe á distancia. En cuanto á esta tercera, ved, está firmada? « Maria Amalia » es, decir con uno

de los mas nobles y mas santos nombres que existen en la tierra. Es de la tia de vuestro rey. Hubiera podido servirme de ella, pero no lo he hecho; hubiera tenido que entregarla á la persona á quien iba dirigida, y cuando poseemos un autógráfo como este, el cual, como podeis ver, no habla muy mal del portador, se conserva, á riesgo de que algun miserable agente de policia os amenace con enviaros preso.

— Pero, me dijo aquel caballero un poco anonadado, ¿quién me dice que esas cartas son efectivamente de las personas cuyos nombres llevan:

Me volví hácia la puerta que se abria en aquel momento, y vi al conde de Bearn.

— ¿Quién os lo dirá? ¡Pardiez! repliqué yo, el señor embajador de Francia, que se ha molestado espresamente para eso. ¿No es verdad, mi querido conde, continué, que afirmareis á este caballero que estas cartas no son falsas?

— No solo se lo diré, sino que preguntaré en virtud de qué orden os arrestan, y se me dará satisfaccion cumplida por el agravio que habeis recibido. Reclamo á este caballero, añadió el conde de Bearn estendiendo su mano hácia mi, en primer lugar como súbdito del rey de Francia, y ademas como enviado del gabinete. Si este caballero ha infringido alguna ley política ó de sanidad (1), yo responderé por él á personas mas elevadas que vos. Venid, mi querido Dumas, siento muchísimo os hayan molestado tan de madrugada, y espero que habrá sido por una mala inteligencia.

Y dichas estas palabras, salimos de la policia agarrados del brazo, dejando al señor de lo negro en un estado de estupefaccion muy difícil de describir.

(1) El cólera estaba entonces en su mayor intensidad, y no habia hecho yo en Roma la cuarentena prevenida de veinte y cinco dias.

Jadin nos esperaba á la puerta.

— ¡Ea! ahora, me dijo el conde de Bearn, ahora que estamos solos, no se trata ya de echarla de fanfarrones; os he sacado de aqui con los honores de la guerra, pero voy á tener sobre mi á todo el ministerio de policia. Se trata, pues, de pensar en vuestra marcha.

— ¡Diantre!

— ¿No habeis visto todo?

— Si. Ayer visité lo último que me quedaba por ver.

— ¡Y bien!

— ¡Y bien! procuraremos estar dispuestas cuando sea necesario.

— Está bien. Ahora volved á la fonda y esperadme en todo el dia. Os daré una razon.

Seguí el consejo que me daba el Señor Bearn, y efectivamente, le vi volver á las cinco.

— Todo está arreglado, me dijo, del modo mas conveniente. Se sabia vuestra presencia aquí, y como no habiais cometido ningun escándalo patriótico, se toleraba. Pero ayer tarde habeis sido denunciado oficialmente, y se han creido entonces en la necesidad de obrar.

— ¿Y cuánto tiempo se me concede para salir de Nápoles?

— Lo han dejado á mi decision, y yo he dicho que partireis en el término de tres dias.

— Sois un excelente encargado, mi querido conde, y no solo representais maravillosamente el honor de la Francia, sino que tambien salvais á satisfaccion el de los franceses. Recibid mis mas sinceras gracias. Dentro de tres dias dejaré en el lugar debido vuestra palabra al gobierno napolitano.

He aqui como me vi obligado á abandonar la muy fiel ciudad de Nápoles, que todavia no cuenta mas que su

treinta y siete revolucion; y eso por haber tenido la desgracia de volver á encontrar la pesadilla de S. M. el rey Fernando.

Esto prueba que hay en Nápoles otra cosa peor todavía que los gettatores.

Y son los espías.

## XIX

## LA POSADA DE SANTA AGUEDA

Era cosa hecha : debia yo abandonar á Nápoles, el sueño concluido, la vision iba á volar á los cielos. Os confieso, mis queridos lectores, que cuando vi desaparecer á Capodi-chino á mi izquierda y el Campo de Marte á mi derecha cuando tendido en los almohadones de mi carruaje me puse á considerar tristemente que segun todas las probabilidades humanas, y gracias sobre todo á la bondadosa proteccion del marqués de Soval y á la ilustrada justicia del rey Fernando, no veria ya mas aquellas maravillas, mi corazon se oprimió con un sentimiento de indescible angustia, lágrimas asomaron á mis párpados, y me acordé á mi pesar del melancólico proverbio italiano :  
 « Ver á Nápoles y morir. »